



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 25 (2019)

David LOYOLA LÓPEZ y Eva María FLORES RUIZ (eds.) (2018), *La voz del desterrado. Antología de la literatura española del exilio en la primera mitad del siglo XIX*, Madrid, Guillermo Escobar, 368 pp.



Creo que algunas de las páginas más intensas y emocionantes que he tenido la oportunidad de leer —iba a añadir «en un estudio dieciochista», pero la afirmación seguiría siendo cierta sin necesidad de acotarla— las escribió Georges Demerson (1962, trad. de 1971) y se encuentran en *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1817)* (Madrid, Taurus, t. II, especialmente pp. 40-55). En ellas, el sabio hispanista recorre con poderosa escritura la trágicas circunstancias en que el restaurador de la poesía castellana debió escapar de Madrid en mayo de 1813, formando parte de un lento convoy que marchaba sobre Levante, vivaqueando donde pudo y padeciendo «horas de lento caminar» «caminos de herradura cortados a cada paso por profundas zanjas», y el acecho del ejército enemigo, que les pisaba los talones, entre otros males. Quintana, como Demerson recoge y es casi proverbial, recordó en su momento las lágrimas que según la leyenda caían de los ojos del poeta al cruzar la frontera con Francia y corrían Bidasoa adelante... No en vano, «lentos fluyen los ríos del destierro», como ha cantado Jon Juaristi, que sabe de lo que habla. Las penurias padecidas por Meléndez ya en territorio galo no fueron menos turbadoras, y no sé si habrá alguien capaz de leer sin estremecerse las circunstancias de su muerte (t. II, pp. 57-124).

Sirva esta pequeña evocación como preámbulo al libro que nos ocupa, que

recoge esta misma realidad histórica —el exilio de los afrancesados de 1814 y los liberales de 1823— y lo hace con no menos sensibilidad y rigor que la que derrochaba Demerson. *La voz del desterrado. Antología de la literatura española del exilio en la primera mitad del siglo XIX*, colección cuidadosamente preparada por David Loyola López y Eva María Flores Ruiz, trata precisamente de recoger y estudiar los «variados registros literarios, maneras e intenciones» de la literatura —principalmente en verso— del exilio decimonónico español, lo que consigue sobradamente. Su trabajo forma sistema con otros dos, de muy reciente aparición y también gestados en el Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, a saber: el libro colectivo coordinado por Alberto Romero Ferrer y David Loyola López (2017), *Las musas errantes. Cultura literaria y exilio en la España de la primera mitad del siglo XIX* (Gijón, Ediciones Trea, 312 pp.) y, todavía más específicamente, con la monografía de este último, David Loyola López (2019), *Los ojos del destierro. La temática del exilio en la literatura española de la primera mitad del siglo XIX* (Gijón, Ediciones Trea, 336 pp.), flamante Premio de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII y complemento perfecto de la antología que nos ocupa, pues consiste en el estudio demorado de los materiales que esta propone.

Y bien, el arco cronológico de *La voz del desterrado* abarca desde el citado Meléndez (1754-1817) hasta Carlos Rubio (1832-1871) y reúne, si no he contado mal, 67 textos —doce en prosa— de 30 autores —tres de ellos anónimos—. La distribución del corpus es muy clara, y consta explicitada en la precisa «Introducción» (pp. 7-18) con que los autores abren el volumen. Así, como criterio de estructuración, han decidido «seguir los pasos del desterrado», de modo que cada capítulo responda a un «momento del peregrinaje». En primer lugar, en «Adiós, nos llama el viento» (pp. 21-72) se recoge el inicial desconcierto «de quien debe afrontar su destino»; «*En y desde el destierro*», segunda sección (pp. 73-188), reúne las muy plurales «actitudes, emociones e incluso revelaciones» del exiliado, y por eso se subdivide a su vez en cuatro partes, lo que hace de este segundo apartado el núcleo de todo el libro. Estos cuatro subapartados son: «Salud, tierra dichosa» (pp. 87-100), donde advertimos el optimismo de quien huella nuevos horizontes; «Fiebre lenta» (pp. 101-162), en que predomina «un abismo de nostalgia» del migrante; «Tu oscuridad me es grata» (pp. 163-182), donde «nuevas miradas» permiten «sobrevivir cataclismos»; y «Acabe el canto» (pp. 183-188), que agavilla los textos en que el destierro es visto como muerte o metáfora definitiva. La tercera sección, «¿Así a pisar esta ribera vuelves?» (pp. 189-282), concita «las voces de los que volverán a su patria». Por fin, la cuarta y última, «Ecos del exilio» (pp. 283-334), aglutina nueve reflexiones posteriores *acerca del* destierro, todas salvo una en prosa, pero ya no *en* el destierro. Cierran el libro dos útiles apéndices: una «Relación de textos incluidos» (pp. 335-338) y un apartado de «Notas biográficas de los autores» (pp. 339-358).

Mención aparte merecen los ajustados delantales que preceden a cada una de las cuatro secciones (I: pp. 21-28, II: 73-86, III: 189-196 y IV: 283-291), en los que brilla una de las características más destacables del conjunto: la decidida y alcanzada voluntad de aunar la exigencia académica con la sensibilidad del lector hedónico. Esta vocación, perceptible en los títulos de cada apartado, todos ellos citas seleccionadas con tino, descuella de inmediato en cuanto uno abre el volumen y se fija en las notas al pie. Solo en las primeras páginas figuran Blas de Otero, Ovidio, Borges, el *Cantar de Mio Cid*, James Joyce o Ángel González, que se citan además por las ediciones que el buen lector tiene en su casa y no por las que la tradición académica puede sancionar como canónicas. Todo ello, en fin, sirve como indicio de un par de cualidades de este libro: la primera, que no está pensado solo para el investigador, pero que sin duda lo satisfará; la segunda, que la aproximación

a la «herida abierta» de enorme «potencial filosófico y literario» que es el destierro se ha hecho con la más aguzada sensibilidad literaria.

Ambos aspectos merecen algún desarrollo. Aunque el libro busque también al lector curioso, el especialista no puede sino felicitarlo ante un compendio que ofrece limpiamente los textos que cualquiera puede esperar (*El naufragio* de Meléndez, *La despedida* o *A las musas* de Moratín el joven, *El desterrado* del duque de Rivas, *A la patria* de Espronceda), pero que reúne docenas de poesías mucho menos conocidas, diseminadas o perdidas en periódicos de la época y normalmente publicadas, como cumple al caso, en el extranjero. La constitución del corpus y su secuenciación temática se me antojan utilísimas para el investigador. Cada poema, además, va precedido de título, autor, fecha y fuente bibliográfica desde la que se reproduce, lo que hace muy fácil la consulta de estos textos; en nota suelen recogerse o bien las que los propios autores pusieron a sus poemas o, en casos excepcionales, pequeñas aclaraciones.

Pero, paralelamente, pensando en el lector —y aceptando que la oposición entre lector e investigador que estoy siguiendo quizá sea infundada—, ya dice la contracubierta de esta antología que ha sido dispuesta «delicadamente». Y, aunque sea una magnitud difícil de medir y no conste precisamente entre los criterios que bareman la calidad o el impacto de las publicaciones, no hay duda de que si algo sobra en este libro es buen gusto, patente, como hemos adelantado, en las distintas introducciones a cada bloque, cuya escritura cuidada, grávida de datos sabrosos y de pequeños detalles exactos, se encuentra también acribillada de referencias a la tradición literaria —en especial la española contemporánea—, lo que abre constantes pasadizos entre los exilios del XIX y el XX.

En líneas generales, los textos aparecen limpios de polvo y paja, aunque puede notarse un pequeño error de *dispositio* en la oda *A la fortuna* de Meléndez (pp. 110-111), en que el pentámetro de la estrofa sáfica no aparece justificado (véase en *Obras en verso*, ed. de John H. R. Polt y Georges Demerson, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, t. 11, pp. 633-634) o algún otro error textual imputable a la fuente que se adopta en cada caso, como los hipermétricos versos «que el rencor y la calumnia ya preparan» (p. 64; cabe conjeturar «que rencor y calumnia ya preparan») u «hoy que imperan el terror y la mentira» (p. 121; cabe conjeturar «hoy que impera el terror y la mentira»). Se trata, en fin, de erratas sin importancia, que delatan el enorme trabajo en hacer desaparecer las muchas que no hay.

Finalmente, cabe decir que esta compilación responde a un «proyecto inacabado» de Vicente Llorens, exiliado él mismo que conjuró la melancolía volcado en su brillante labor filológica. Tal y como explican los autores, en el Archivo Llorens de la Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu se conservan los materiales de trabajo de lo que habría de ser «su obra magna sobre el exilio español», *El desterrado y su mundo*, «acompañado de una antología de sus composiciones más relevantes, desde el *Poema de Mio Cid* hasta la obra de los exiliados republicanos». Al menos un capítulo de esa magna antología queda aquí inmejorablemente resuelto, pues, en definitiva, este esmerado compendio da cuenta de las «distintas ideologías, situaciones previas y horizontes» de los diferentes exiliados de la primera mitad del XIX y acierta a recoger el «amplio registro de flexibilidades y fuerzas literarias» de sus producciones. Solo nos queda desear a sus fautores salud y tiempo para continuar la empresa proyectada por Llorens.

Rodrigo OLAY VALDÉS